

El bosque que aprendió a caminar.

Había una vez un pequeño pueblo al lado de un bosque muy alto y de un verde brillante. Los pobladores estaban orgullosos de su bosque y mucha gente de otros lugares llegaban hasta ahí para conocerlo. Hasta habían construido un mirador altísimo para que los turistas pudieran verlo mejor y sacar fotos más impresionantes.

Una mañana, los pobladores se levantaron con la noticia de que el bosque estaba corrido, no lo tenían más al lado si no cuarenta o cincuenta cuadras más al sur.

Estaban desesperados, habían perdido las hamacas que colgaban de las ramas, las casitas en las que sus hijos jugaban y los troncos en las que se apoyaban para leer. Después de mucho pensar y discutir, por la noche un equipo de exploradores fue a ver qué pasaba.

El bosque estaba oscuro y silencioso, como si siempre hubiera estado ahí. De repente vieron un árbol enorme y viejo que salía una raíz del suelo la cual parecía que camina apoyando una raíz que levantaba y otra que apoyaba un poco más adelante. Escucharon ruidos atrás y vieron que otro árbol, un poco más joven hacia lo mismo. ¡ Estaban caminando ¡.

Pronto, el bosque entero avanzaba. Aunque intentaron frenarlo con los brazos y empujaron todos al mismo tiempo los árboles no pararon.

Las raíces les pasaban por encima, se les enredaban entre las piernas y seguían. A paso lento pero seguro, el bosque se fue alejando de ellos.

Cuando casi amanecía, los exploradores se tiraron a dormir unas horas antes de volver al pueblo. "Sin árboles alrededor, pensaron, nos va a despertar el sol muy temprano". Pero abrieron los ojos muy tarde y su campamento seguía a la sombra ¡ A la sombra de qué? se preguntaron.

Miraron hacia arriba y observaron que un enorme edificio les tapaba la luz. Era el mirador, más alto que el bosque, para que los turistas pudieran verlo desde arriba.

Entonces se dieron cuenta que el mirador había dejado sin luz al bosque. Y los árboles habían decidido correrse para volver a recibir los rayos de sol que los hacían crecer.

Volviéron al pueblo donde la gente esperaba sin desayunar, en pijamas y pantuflas. Durante la noche el bosque había avanzado unas cincuenta cuerdas más. Les explicaron lo que pasaba y todos estuvieron de acuerdo. Si los árboles habían aprendido a caminar, entonces el pueblo también podía.

Poco tiempo después se levantaron sus escuelas, canteros y casas. En unos días, el pueblo entero estuvo de nuevo al lado del bosque. Y los turistas tuvieron que conformarse con sacar fotos de una gran llanura, siempre a la sombra del enorme mirador.